



**UNR** Universidad  
Nacional de Rosario

**UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO FACULTAD DE PSICOLOGÍA**

**Trabajo Integrador Final**

**Análisis de las pasiones imaginarias: Estudio de los celos y la envidia como consecuencia de la constitución imaginaria del yo y su posible abordaje clínico.**

**Ensayo**

**Alumna:** Pierabella, Chiara

**Legajo:** P-5736/3

**DNI:** 42328137

**Mail:** chiarapierabell15@gmail.com

**JTP:** Dr.Luisina Bourband

**Docente responsable:** Ps.Nahuel Rey

## **AGRADECIMIENTOS**

Este trabajo representa el punto final de una etapa fundamental en mi vida, pero también es un entramado de coordenadas que marcan mi historia. En estas páginas laten los nombres, los gestos y las presencias de todas las personas que hicieron posible este recorrido y que, de una u otra manera, me acompañaron a ser quien soy hoy.

Gracias, en primer lugar, a la universidad pública, que me recibió cuando, aún siendo una niña llena de ilusiones, decidí dejar mi hogar para venir a estudiar. Fue ese espacio el que me ofreció no solo formación académica, sino también un lugar donde crecer, habitar y construirme.

La facultad también me regaló encuentros que dejaron huella, grandes docentes como Nahuel, quien además de ser mi tutor, me abrió las puertas al psicoanálisis y mucho de lo que hoy se escribe en esta tesis le debe su forma. A Luisina, por su calidez y generosidad constantes.

La universidad también me dio el privilegio de compartir gran parte de este recorrido con dos grandes amigos de la vida, Juan y Santi. Nuestros encuentros hicieron más livianas y alegres las largas horas de estudio.

A mi novia Victoria, por su amor incondicional, su apoyo y su calma en los momentos más inciertos.

A mi hermana, por caminar a mi lado todos estos años. A mis padres, por su esfuerzo incansable, su apoyo inquebrantable y por confiar en mí incluso cuando yo no lo hacía. A mis amigas, por estar, sostener y celebrar.

Este cierre lleva su nombre y en mí quedará para siempre su huella.

## ÍNDICE

Resumen y palabras claves.....	4
Introducción.....	5
Desarrollo.....	6
-Génesis de las pasiones imaginarias .....	6
-Una identificación más allá de lo especular: el ideal del yo.....	10
-Celos y envidia .....	12
-Tratamiento analítico: Sintoma o locura.....	16
Reflexiones finales.....	18
Referencias bibliográficas.....	20

## **RESUMEN**

El presente ensayo aborda los celos y la envidia como pasiones imaginarias, originadas en la constitución imaginaria del yo a través de la identificación especular con el semejante; lo que genera como consecuencia una relación con el otro marcada por rivalidad, exclusión y agresividad. Se revisa el papel del Ideal del Yo como operador simbólico capaz de apaciguar estas tensiones y posibilitar una relación deseante con el objeto fálico. A continuación, se analizan los celos y la envidia como pasiones imaginarias basadas en una relación narcisista de exclusión con el semejante, donde predomina la lógica yo-tú. Finalmente, se aborda el tratamiento analítico de estas pasiones, señalando que el trabajo clínico debe orientarse a facilitar el pasaje de las pasiones imaginarias al síntoma. Esto implica pasar de una lógica excluyente del yo hacia una articulación simbólica del deseo, reconfigurando la relación con el otro y permitiendo que la castración deje de ser vivida desde el yo como insuficiencia, para transformarse en una condición que habilita el deseo.

## **PALABRAS CLAVE**

Narcisismo - Pasiones imaginarias - celos- envidia

## **INTRODUCCIÓN**

Los celos y la envidia son manifestaciones inherentes a todo ser humano y suscitan profundas consecuencias en la vida psíquica y social. Las siguientes preguntas constituyen el núcleo motivador de este ensayo: ¿Qué está en juego en los celos y en la envidia?, ¿De dónde surgen?, ¿Qué consecuencias tienen a nivel social?, ¿Por qué se ven exacerbadas en el contexto actual?, ¿Cómo se puede intervenir sobre ellas en el tratamiento analítico?.

A partir de estos interrogantes, la premisa central que guiará este escrito sostiene que los celos y la envidia son pasiones de naturaleza imaginaria, cuya génesis se encuentra en la constitución imaginaria del yo.

Dicho escrito se estructura en cuatro apartados. En el primero de ellos, se abordará el concepto de pasión imaginaria y se analizará su origen en la constitución imaginaria del yo. El segundo apartado estará dedicado a explorar el efecto apaciguador del ideal del yo, el tercer apartado se centrará en la exploración de los celos y la envidia como manifestaciones eminentemente pasionales. Finalmente, el cuarto apartado se centrará en el posible abordaje clínico de estas pasiones, con el fin de orientarnos hacia cómo intervenir sobre ellas en el tratamiento psicoanalítico.

## DESARROLLO

### **Génesis de las pasiones imaginarias**

El término “pasiones imaginarias” es tomado del texto *La cosa freudiana o el sentido del retorno a Freud*. Respecto a ellas, Lacan (2003d) sitúa que estas son las pasiones del yo, como los celos, la envidia, la rivalidad, la ignorancia y el odio. El autor dirá que este interés del yo es una pasión, que sólo la investigación psicoanalítica supo analizar y establecer la dinámica de su relación con la imagen del cuerpo propio. En palabras del autor:

Esta pasión aporta a toda relación con esta imagen, constantemente representada por mi semejante, una significación que me interesa tanto, es decir que me hace estar en una tal dependencia de esa imagen, que acaba por ligar al deseo del otro todos los objetos de mis deseos, más estrechamente que al deseo que suscita en mí. Se trata de los objetos en cuanto que esperamos su aparición en un espacio estructurado por la visión, es decir de los objetos característicos del mundo humano (Lacan, 2003d, p. 409).

La cita anterior nos permite comprender que las pasiones imaginarias pertenecen al yo y son efecto de su misma constitución. Como bien sitúa Lacan, la alienación de la propia imagen a la del semejante da lugar a una rivalidad por los objetos, ya que estos se constituyen en dependencia al deseo del otro que permitirá situarlos. Se estructura, de este modo, una relación de exclusión de yo a yo, se instituye el tú o yo en donde se pone en juego la existencia de sí mismo o del otro semejante.

Continuando con este lineamiento, en el texto *Estadio del espejo y su función en la formación del yo (je) tal como se revela en la experiencia analítica*, Lacan (2003e) precisa las coordenadas que permiten comprender la constitución imaginaria del yo. Un antecedente crucial para arribar a este desarrollo conceptual fue el texto freudiano *Introducción del narcisismo* en donde Freud plantea lo siguiente:

Es un supuesto necesario que no esté presente desde el comienzo en el individuo una unidad comparable al yo; el yo tiene que ser desarrollado. Ahora bien, las pulsiones autoeróticas son iniciales, primordiales; por tanto, algo tiene que agregarse al autoerotismo una nueva acción psíquica, para que el narcisismo se constituya. (Freud, 1992, p.74)

En consonancia con ello, Lacan (2003e) identifica esta nueva acción psíquica como la identificación especular, esta es la matriz que le permite situar primeramente el registro de lo imaginario. El estadio del espejo proporciona la teorización a partir de la cual el yo se aprehende como totalidad en la imagen del semejante. Esta identificación con la imagen

especular permite trascender la insuficiencia biológica, la incoordinación motriz y la fragmentación corporal, hacia la anticipación de una gestalt completa, que dará lugar a una unificación corporal imaginaria que la biología no presta. Así, lo innovador en Lacan es la conjunción del material de la pulsión con lo formal de la imagen, es esta articulación la que otorga al registro imaginario un carácter profundamente pasional.

La imagen especular es conceptualizada por Lacan (2003e) como una “imagen ortopédica”, que cumple la función de velar la fragmentación corporal inicial. Esta noción de “velo” es fundamental, ya que señala que, a pesar de la gestalt posibilitada por la imagen especular, lo pulsional, lo fragmentado, persiste y continuará manifestándose a través de diversas formas transgresivas.

Por ende, en la pasión imaginaria, como lo indica su nombre, hay una primacía de lo imaginario que estará desvinculado de la mediación que ofrece el registro simbólico. De este modo, la fragmentación subyacente no deja de manifestarse como insuficiencia de cualquier tipo de objeto que pueda garantizar la unidad del yo, y a su vez, el poseedor del objeto que me es privado será siempre el otro semejante con el cual se rivalizará.

Lo interesante a pensar es que en este movimiento que se produce en el estadio del espejo, se genera una síntesis entre la visión ocular y la peregrinación del deseo que ésta genera. Esta imagen, sin embargo, no es independiente de las pulsiones; al contrario, es inseparable de ellas. Así, las imágenes se condensan en el cuerpo propio, que es vivido y sentido como el moi, un yo que no se corresponde con un cuerpo biológico, sino con un cuerpo erótico y pulsional.

La afirmación “El yo es otro” (Lacan, 2008) nos permite ubicar el desconocimiento por parte del sujeto del hecho de que la constitución de su yo es producto de una alienación a la imagen del otro semejante. Este fenómeno es denominado por Lacan (2003e) como “Conocimiento paranoico del yo”. Es con aquella imagen que nos presta sostén para nuestra constitución, que se establecerá como consecuencia una tendencia agresiva, ya que en esa relación con el otro siempre está en juego la posibilidad de desaparecer, es esto lo que se pone en juego en la pasión imaginaria. Las mismas proponen un modo de relación con el semejante sostenida en la fragilidad del yo, es decir, soportada por la identificación del yo ideal.

En este sentido, Masotta (2018), en *El modelo pulsional*, nos proporciona un esquema que ofrece ciertas coordenadas para ubicar la relación entre el narcisismo, la pulsión de muerte y las tendencias no libidinales del yo. Además, en este mismo texto, al proponer una historización del concepto de pulsión en Freud, permite reflexionar sobre la dirección del tratamiento analítico a partir de estas modificaciones teóricas. Esta idea central nos esboza aquello que será desarrollado en el último apartado, referido específicamente al aspecto clínico.

El primer modelo pulsional propuesto por Freud en 1905, establece la existencia de dos tipos de pulsiones: las pulsiones sexuales y las pulsiones de autoconservación. En este esquema, el yo se entiende como una organización coherente de representaciones, cuya formación y determinación están condicionadas externamente por la moral de la época.

La defensa, en este contexto, surge como una respuesta a la incompatibilidad entre las pulsiones sexuales y las exigencias del yo. Dado que las mociones pulsionales son incompatibles con las demandas culturales, estas son reprimidas. De este modo, en este momento del desarrollo de la teoría analítica el yo opera al servicio de la adaptación al medio y la preservación de la vida, priorizando la armonía con las normas culturales sobre la expresión de las pulsiones sexuales.

Es en 1914 en *Introducción al narcisismo*, donde Freud modifica la concepción del yo. Propone que el yo se constituye libidinalmente, en el pasaje entre el autoerotismo y la elección de objeto. En este contexto, introduce la noción de narcisismo primario, donde el objeto de amor es el propio yo. Aquí se plantea una dualidad entre pulsiones yoicas y objetales.

Ahora bien, con la modificación en la concepción del yo, también se transforma el modelo de la defensa psíquica. En este esquema, el yo se constituye en relación con todo aquello que es placentero, asimilable y susceptible de ser sintetizado. Por el contrario, todo lo que se presenta como extraño y displacentero es excluido y odiado. Masotta (2018) retoma el término freudiano “narcisismo de las pequeñas diferencias” que permite situar las consecuencias del narcisismo en el modo de relación con otros. De este modo, todo aquello que se percibe como diferente al yo es rechazado y reprimido con el propósito de reafirmar la integridad yoica.

En este modelo, la personalidad opera con exigencias éticas y estéticas que tienen como fin conservar la unidad del yo. Desde esta perspectiva, la represión deja de responder exclusivamente a las exigencias morales externas y pasa a fundamentarse en el narcisismo. Esto implica que el síntoma se configura como una formación de compromiso entre las mociones de deseo y las demandas narcisistas.

Como consecuencia, lo que no se vive debido a razones narcisistas se experimenta como insatisfacción. La satisfacción narcisista, a su vez, implica el retiro de la libido que une al sujeto con el otro, favoreciendo un retorno a una satisfacción autoerótica. Este movimiento conlleva una desexualización y la subordinación a tendencias no libidinales del yo. En este sentido, cuanto mayor es la prevalencia del narcisismo, menor es la experiencia del deseo, más limitada y agresiva es la relación con los otros y más cercana resulta la proximidad del sujeto a la muerte.

En 1920, Freud introduce el concepto de la pulsión de muerte. Ya no se trata únicamente de un conjunto de tendencias agresivas o pulsiones parciales, sino de un principio más fundamental que antecede incluso al principio del placer. De este modo, el yo,

que inicialmente era concebido como una instancia que se adapta a lo social, es replanteado en Introducción al narcisismo como una dificultad en el análisis. Este se defiende tanto del análisis como del mundo exterior, ya que entrar en relación con el otro pone en tensión su integridad. En dicha relación con el otro este puede devolver una imagen que no coincide con la que el sujeto sostiene sobre sí mismo, de este manera, podemos decir que todo encuentro e intercambio con los demás amenazan la estabilidad del yo, ya que la relación de objeto con el otro siempre introduce un desconocimiento de la afirmación yoica “yo soy”.

Por su parte, Lacan (2003b) retoma las tendencias agresivas planteadas por Freud y establece una distinción entre la agresividad y la intención agresiva. Desde una perspectiva metapsicológica, la agresividad está ligada a la constitución del yo y tiene su origen en la experiencia del estadio del espejo. Como consecuencia de la identificación especular, se genera una tensión agresiva entre las pulsiones del cuerpo fragmentado y la imagen alienante. El autor afirma en su cuarta tesis: “La agresividad es la tendencia correlativa de un modo de identificación que llamamos narcisista y que determina la estructura formal del hombre y el registro de entidades característico del mundo” (Lacan, 2003b, p.102).

Por otro lado, la intención agresiva se manifiesta en la experiencia concreta, especialmente en la relación con el otro. Lacan sostiene que estas imágenes de dislocación corporal, castración y mutilación —vinculadas al cuerpo fragmentado— se actualizan cada vez que la relación con el semejante amenaza la unidad ilusoria del yo. Esta intención agresiva se expresa como una respuesta pasional del yo cuya función es restablecer su integridad imaginaria. En su segunda tesis, el autor afirma: “La agresividad, en la experiencia, nos es dada como intención de agresión y como imagen de dislocación corporal, y es bajo tales modos como se demuestra eficiente” (Lacan, 2003b, p. 96).

Es importante diferenciar, entonces, entre la agresividad como tendencia constitutiva y la agresión como acción. Mientras que la primera es inherente al sujeto debido a su propia constitución, la agresión, entendida como intención agresiva, es la puesta en juego de esa agresividad en la experiencia concreta.

Por lo tanto, la relación con el analista no está exenta de este fenómeno, por lo contrario, es esta relación un espacio privilegiado en donde la intención agresiva puede hacerse presente de diversos modos en tanto la intervención analítica ponga en cuestión la unidad del yo. En relación con este punto Lacan (2003b), aborda la manera en que esta intención agresiva se hace presente en el análisis mismo, este es un punto valioso a tener en cuenta ya que el mismo fenómeno que compete a este estudio no sólo tiene interés como modos de padecimiento subjetivo, sino también como fenómenos que obstaculizan el desarrollo del análisis, punto que será retomado en el último apartado.

### **Una identificación más allá de lo especular: el Ideal del yo.**

Si las manifestaciones pasionales son inherentes a la constitución del yo, ¿cómo es posible regularlas?, ¿de qué manera la castración puede no ser vivida desde el yo y, en su lugar, actuar como una posibilidad para el deseo?, ¿cómo es posible trascender la rivalidad enloquecedora propia de lo imaginario y arribar a una posición deseante?.

Respecto a este punto Lacan (2003b) plantea lo siguiente:

Así, la identificación edípica es aquella por la cual el sujeto trasciende la agresividad constitutiva de la primera individuación subjetiva. Hemos insistido en otro lugar en el paso que constituye en la instauración de esa distancia por la cual, con los sentimientos de orden del respeto, se realiza todo un asumir efectivo del prójimo” (p. 110).

Lacan sitúa aquí el Ideal del Yo como el elemento clave, el cual desempeña una función pacificante frente a las pasiones y a la agresividad constitutiva de lo imaginario. El Ideal del Yo surge como producto de una identificación simbólica con el padre, lo que implica una transformación respecto de las identificaciones imaginarias. Dicha identificación simbólica redefine la relación de exclusión característica del imaginario, expresada como o tú o yo, hacia una lógica de reconocimiento mutuo: porque te reconozco a vos, que soy yo.

De este modo, el Ideal del Yo permite que el sujeto tome posición en relación con la castración y el deseo, ya no en torno al objeto que era o poseía, sino en relación con lo que puede llegar a ser. Esta modificación identificatoria tiene como efecto apaciguar las tensiones agresivas y facilitar una relación social con el semejante que ya no está regida por la agresividad, sino por el respeto.

Esta identificación simbólica es la que nos permite advenir, desde el lugar de objeto que ocupamos en el deseo del Otro, al estatuto de sujetos deseantes. Es decir, el padre interviene como tercero entre el deseo de la madre y el objeto que somos, produciendo una modificación identificatoria que nos habilita a encontrar el soporte de nuestro deseo en el falo simbólico. El padre posibilita que el falo se eleve a su estatuto de significante, dando lugar así a la simbolización del objeto. De esta forma, el Ideal del yo operará como un referente del deseo, orientando hacia dónde ir a buscar aquello que nos falta.

Podemos afirmar entonces que la persona celosa o envidiosa permanece en una posición en la cual se afirma como buen objeto, respondiendo imaginariamente como objeto fálico capaz de satisfacer la demanda del Otro. En esta dirección, es el Ideal del yo el que posibilita que la relación con el objeto adquiera valor en función de la falta, es decir, que el objeto deje de ser un atributo narcisista para convertirse en un objeto fálico.

Tal como expone Lacan (2021):

El complejo de Edipo significa que la relación imaginaria, conflictual, incestuosa en sí misma, está prometida al conflicto y a la ruina. Para que el ser humano pueda establecer la relación más natural, la del macho a la hembra, es necesario que intervenga un tercero, que sea la imagen de algo logrado, el modelo de una armonía. No es decir suficiente: hace falta una ley, una cadena, un orden simbólico, la intervención del orden de la palabra, es decir del padre. No del padre natural, sino de lo que se llama el padre. El orden que impide la colisión y el estallido de la situación en su conjunto está fundado en la existencia de ese nombre del padre (p,139).

Sin embargo es posible advertir que cuando el Ideal del yo pierde su función reguladora se produce un reforzamiento de la individualidad bajo la primacía de lo imaginario. En este contexto, la relación con los otros se vuelve cada vez más hostil y gobernada por la agresividad narcisista.

En este sentido, Bertholet (2015) da cuenta de cómo la insuficiencia simbólica puede llevar a una búsqueda insaciable de satisfacciones narcisistas. Encuentro interesante la idea que proporciona el autor acerca de que en la modernidad hay una falta de recursos simbólicos que resulta en omnipotencia, intolerancia y agresividad. Resume su postura en la siguiente hipótesis: “En tiempos del ‘imperio de las imágenes’, encontramos al objeto reemplazando al Ideal, y ello daría lugar a que el i(a) —núcleo del yo ideal— se vea sobredimensionado, con consecuencias sobre los modos de goce” (Bertholet, 2015, párr. 13). El autor establece de esta forma la articulación entre los modos de satisfacción narcisistas ofrecidos por la época y su vínculo con la pulsión de muerte y destaca de este modo la doble dimensión del narcisismo: una unificante y otra potencialmente enloquecedora.

Tomando en consideración los planteos del autor, es fundamental advertir que más allá de los factores metapsicológicos que explican el origen de las pasiones imaginarias es imprescindible el rol del factor epocal en su promoción y refuerzo. En este sentido, no basta con que el ideal del yo se instale en la constitución subjetiva; es igualmente necesario que dicho ideal opere culturalmente, en consonancia con el ideal de época.

## **Celos y envidia**

Habiendo desarrollado la génesis de las pasiones imaginarias en su conjunto, en este apartado me centraré particularmente en dos de ellas: los celos y la envidia. Mi interés en estas pasiones radica en su frecuente aparición en la clínica analítica.

Carlos Quiroga, en su libro *Celos, envidia y lazo social*, aborda estas dos pasiones como manifestaciones esencialmente imaginarias. Según el autor:

Con los celos, donde uno supone, por ejemplo, la posesión del objeto por otro, uno queda extrañado del objeto en beneficio de otro. Ahora, eso habitualmente sucede en todas las relaciones humanas. Básicamente, lo que señalábamos más arriba, como un modo de dominación recíproca y asimétrica del sujeto y el objeto, eso es lo que sucede en relación a los celos y la angustia. La envidia es lo que va a sostener a nivel de discurso lo insoportable de no poder participar de un goce que se le supone al otro. Si ustedes lo piensan, esto es la base de toda segregación. (Quiroga, 2015, p. 22)

Esta cita expresa con claridad porqué los celos y la envidia se inscriben bajo la categoría de pasiones imaginarias: ambas se estructuran en torno a una relación con el otro, en la cual el sujeto ubica en el otro la causa de su propia incompletud. Sin embargo, es crucial distinguir entre ambas. En el caso de los celos, el núcleo está en el objeto: el sujeto percibe que el otro posee aquello que podría completarlo. Por el contrario, la envidia se centra en la exclusión de un modo de goce, en la imposibilidad de participar en un goce atribuido al otro.

Quiroga subraya además las consecuencias sociales de estas pasiones imaginarias. Tanto los celos como la envidia tienen un efecto desintegrador sobre el lazo social, favoreciendo la segregación y la ruptura de las relaciones intersubjetivas.

La envidia es un proceso imaginario. Si no está sancionada por la castración, operación simbólica, no puede adentrarse en el terreno del deseo. En esto reside su importancia. La envidia está en el comienzo de los sentimientos humanos; es contemporánea al espejo. Es organizadora del vínculo social, de aquello que nos vincula con el otro (Lachaud, 2000, p.65).

Siguiendo esta idea, tanto en Freud, en la línea de la privación de las pulsiones sexuales y agresivas, como en la lectura lacaniana del ingreso al lenguaje y la consecuente pérdida del cuerpo real, se advierte una renuncia originaria como condición necesaria tanto para la constitución del sujeto como para el lazo social. Esta renuncia se experimenta como malestar, y subjetivamente se traduce en una vivencia de insatisfacción. Si la envidia está en el origen, es porque se sostiene en la suposición de que el otro no ha tenido que atravesar la

misma pérdida, que ha accedido al deseo sin renuncia y que ha gozado de una satisfacción de la que nosotros hemos sido excluidos.

En relación con los celos, resultan particularmente relevantes los aportes de Graciela Brodsky (2012). La autora propone una lectura que distingue cómo los celos se manifiestan en hombres y mujeres, considerando sus posibles motivaciones. La premisa central de su análisis es que el síntoma cumple una función específica dentro de la economía libidinal del sujeto. No obstante, subraya que dicha función no se presenta de manera homogénea entre hombres y mujeres, sino que está condicionada por las lógicas propias de la sexuación. Por este motivo, plantea la necesidad de articular el síntoma con las dinámicas que rigen dichas lógicas.

Además, Brodsky señala que los celos, al ser una manifestación imaginaria, tienen la particularidad de estar cargados de un sentido atribuido por el yo. Este sentido tiende a ser fijo y resistente a la interrogación, lo que lleva al sujeto celoso a buscar una constante comprobación de verdades. Sin embargo, dado que este intento fracasa, se produce una repetición del fenómeno. Sobre este punto, la autora indica:

En primer lugar, es frecuente que los celos no se presenten como un significante enigmático cuya significación el sujeto busca a través del analista, sino que parecen en gran medida comprensibles, cargados de significación y ubicados a nivel de los afectos, tal como los trató la tradición literaria y filosófica, que hizo de ellos una pasión (p.44).

Brodsky propone un retorno a los textos freudianos como base para articular los celos, tanto femeninos como masculinos, con la vida amorosa infantil. En relación con los hombres, Freud plantea dos grandes tesis: por un lado, los celos derivados de una homosexualidad inconsciente, heredera del padre arcaico y amoral, en los que, a través de la proyección, se acusa al partenaire. Por otro lado, la proyección de la propia infidelidad, que tiene su origen en la represión de la corriente sexual dirigida hacia la madre.

En cuanto a las mujeres, Freud sitúa la comprensión de los celos fundamentalmente en relación con el penisneid (envidia del pene). No obstante, la autora no se limita a retomar estas tesis freudianas, sino que propone ir más allá al incorporar los desarrollos lacanianos, lo que le permite articular los celos con la sexuación. Por consiguiente, los celos tanto en mujeres como en hombres dejan de ser comprendidos únicamente desde la matriz edípica. En su lugar, la autora subraya la diferencia que introduce la presencia del Otro goce femenino, el cual produce efectos distintos según la posición sexuada.

El concepto de Otro goce (Lacan 1995), hace referencia a un modo de satisfacción que escapa a la lógica fálica y a la inscripción significativa. Este goce, por su naturaleza, queda fuera de la posibilidad de ser simbolizado. En el caso de los celos masculinos, lo que está en juego es la imposibilidad de aprehender este goce inasible de la mujer, el cual lo

sitúa en una posición de exclusión. Por ello, en los celos masculinos, no es otro hombre el objeto del conflicto, sino el Otro goce, que escapa a cualquier intento de significación. En cambio, en las mujeres, los celos implican un desdoblamiento en relación con su propio goce. En la mujer, la castración la orienta en la comedia de los sexos hacia el ser. Esta se realiza al posicionarse como objeto de deseo del hombre, obteniendo así el signo de que lo es. Los celos, entonces, se desencadenan cuando este signo resulta insuficiente. Brodsky afirma: "Si el deseo del hombre no le rinde homenaje, si le devuelve que ni lo es ni que lo tiene, se abre bajo sus pies la grieta por donde se deslizará fácilmente hacia el pasaje al acto o el acting out" (p.51). Este reconocimiento de ser la única intenta inscribir el goce femenino en la relación con el otro, pero incluso cuando este reconocimiento se da, permanece insuficiente.

El abordaje que realiza la autora en relación con los celos resulta particularmente relevante para pensar tanto su modo de presentación como sus posibilidades de interpretación. Como se ha desarrollado en los párrafos anteriores, la autora retoma inicialmente los postulados freudianos, enmarcando su análisis dentro de una lectura edípica de los celos, tanto en la posición femenina como en la masculina. Ahora bien, al situarlos en relación con el Edipo y con la posibilidad de interpretación, se subraya que dichos celos deben ya encontrarse articulados simbólicamente. Es precisamente esta articulación la que habilita su lectura e interpretación desde el discurso analítico. En un segundo momento, la autora propone una tesis que permite avanzar en la comprensión de los celos al vincularlos con el concepto de otro goce, entendiendo que la imposibilidad de inscripción merece ser abordada a través del registro de lo real.

Más allá de las articulaciones que subrayan la diferencia sexual y el lugar nodal del Otro goce, considero posible formular una tesis que permita pensar los celos desde el registro imaginario. Esta perspectiva habilita una comprensión de los celos, tanto en hombres como en mujeres, a partir de su vínculo con el narcisismo, el cual funciona como matriz común que estructura ambas posiciones. Las diferencias relativas a la posición sexuada, en este marco, son comprendidas en el modo particular en que cada sexo se relaciona narcisísticamente con el otro.

Sugiero con total énfasis que los celos, tanto en el hombre como en la mujer, son consecuencia de una relación narcisista con el partenaire. La noción de castración implica que el ser humano está estructuralmente atravesado por una falta en ser, en tanto ser hablante. Estar castrados implica que nadie lo tiene y nadie lo es; sin embargo, es a través del registro imaginario que se intentará velar esa falta, dando lugar a lo que Lacan (1999) llamó la "comedia de los sexos". Si bien tanto en el hombre como en la mujer esta escena imaginaria se despliega con un mismo objetivo —velar la falta—, el modo en que esta operatoria se realiza varía según la posición sexual. En el caso de la mujer, la relación con el

semejante opera como una vía para reafirmarse en el ser; en cambio, en el caso del hombre, dicha relación se organiza en torno a la dimensión del tener.

Lacan postula que el amor consiste en “dar lo que no se tiene” (p.145, 2003c), por lo tanto, la experiencia del amor implica desde el inicio una aceptación de la falta, una toma de posición en relación a la castración. En contraposición, el pasional, el narcisista no ama a nadie; se ama a sí mismo. De esta manera su relación con el otro cumple la función de una reivindicación narcisista: se trata de que el otro ame la imagen que ellos mismos aman de sí.

En la experiencia del amor, en tanto el sujeto está en falta, el otro deviene un partenaire que le sirve de relevo para articular su propio deseo. Así, el otro se convierte en el falo, soporte de la causa del deseo y el amor implica entonces aceptar la falta y construir juntos. Sin embargo, en los celos, el vínculo con el otro excluye la posibilidad de vivir el deseo ya que en este caso, el falo no es el otro, sino que es el sujeto mismo quien ocupa ese lugar; en otras palabras: “No hay deseo realizable que no implique la castración” (Lacan, 2007, p.116).

Dicho esto, se comprende que una de las manifestaciones más características de los celos sea la rivalidad con un tercero, que aparece como un competidor. El fantasma de la otra o el otro refleja la estructura misma de la pasión, donde el semejante amenaza la integridad del yo y es culpabilizado por la propia insuficiencia.

Siguiendo esta perspectiva, los celos no se abordan como un síntoma, sino como una manifestación pasional. A diferencia del síntoma, ésta se encuentra desvinculada de una relación con el significante que posibilite su interpretación simbólica. La articulación entre la pasión y el deseo implica un movimiento analítico, y es hacia este punto donde debe orientarse el trabajo clínico.

### **Tratamiento analítico: Sintoma o locura.**

En relación con las pasiones imaginarias, podemos preguntarnos: ¿Cómo se manifiestan en análisis?, ¿Qué dirección debe tomar el trabajo analítico para permitir su elaboración?. Estos interrogantes son abordados por Lacan en *La cosa freudiana o el sentido del retorno a Freud*, específicamente en el apartado titulado “*La acción analítica*”.

Lacan (2003d) señala que la primera resistencia del análisis radica en el propio discurso, ya que éste se constituye como el discurso de la opinión. Esta forma de discurso se estructura a partir de la captación imaginaria que se da en la relación del yo con el otro; y el lenguaje, en su dimensión imaginaria, actúa como un límite que obstaculiza el acceso al Gran Otro. En consecuencia, no es posible satisfacer al yo mediante la atribución de sentido y, al mismo tiempo, dar cuenta de la implicación del sujeto en lo que dice. Esto se debe a que el yo, en su permanente búsqueda de sentido, se convierte en un obstáculo que dificulta la posibilidad de acceder a lo simbólico.

En este contexto, el autor sostiene que el movimiento del análisis consiste en una dialéctica que va de lo imaginario a lo simbólico. En este proceso, el analista ocupa inicialmente el lugar del semejante (a). El avance del análisis, sin embargo, requiere que el analista pueda pivotar entre el lugar del semejante (a) y el lugar del Gran Otro (A), dependiendo de lo que sea clínicamente pertinente. Sobre este punto el autor enfatiza:

Pero además conviene que reconozca, y por lo tanto distinga, su acción en uno y otro de esos dos registros para saber por qué interviene, en qué instante se ofrece la ocasión y cómo actuar sobre ello. La condición primordial es que esté compenetrado de la diferencia radical del Otro al cual debe dirigirse su palabra, y de ese segundo otro que es el que ve y del cual y por el cual el primero le habla en el discurso que prosigue ante él. Porque es así como sabrá ser aquel a quien ese discurso se dirige (Lacan, 2003d, p.415).

Esta indicación resulta central, ya que subraya que la posición del analista en cada momento del análisis está determinada por el discurso del analizante. Este discurso funciona como brújula para guiar las intervenciones analíticas.

Trabajar con las pasiones imaginarias implica un movimiento en análisis que permite articularlas al deseo, lo que supone un importante trabajo psíquico. Sin embargo, dada la naturaleza de fenómenos como los celos y la envidia, junto con la resistencia propia del discurso, el trabajo clínico necesariamente comienza desde la vertiente imaginaria.

El sujeto celoso o envidioso se presenta en análisis cargado de un exceso de sentido, una producción constante de fundamentos, rivalidades, justificaciones y agresividad, con un énfasis desmedido en el objeto. En este punto, lo imaginario domina el análisis. Por ello, el trabajo analítico debe orientarse en primera instancia a interrogar el lugar del objeto en cuestión: ¿se trata efectivamente del objeto?

En este sentido, el trabajo psíquico implica un desplazamiento de la rivalidad imaginaria (“tú o yo”) hacia una nueva dialéctica simbólica: “es porque tú lo tienes que yo también puedo tenerlo”. Este movimiento permite reconfigurar la relación del sujeto con el otro.

Silvia Mulder (2016) aborda el alcance y el lugar de lo imaginario en análisis valiéndose fundamentalmente de aportes de Lacan situados en el Seminario I. Encuentro interesante la idea que plantea la autora acerca de que el análisis de lo imaginario se orienta a recomponer el deseo alienado en el otro, se trata del desmontaje de aquellos objetos en los que el deseo está imaginariamente comprometido. De este modo, el análisis ofrece una mediación simbólica que permite repensar la relación con el objeto, deteniendo de esta manera la tensión agresiva propia de la alienación especular. Por otro lado, la autora destaca que en un primer momento del análisis el analista ocupa el lugar de la imagen virtual, lo que no implica realizar interpretaciones de yo a yo ni tampoco trabajar reforzándolo, sino que el trabajo se orientará a hacer pasar por el tamiz simbólico las imágenes en las que el yo se ha alienado.

En este sentido, las pasiones imaginarias no sólo pueden presentarse como motivo de análisis, sino que también surgen como consecuencia de la fragmentación yoica que introduce la intervención analítica. Basta con que el analista formule una pregunta o interrogue las certidumbres yoicas que sostienen la unidad del yo, para que este último experimente una ruptura. Esta fragmentación tiende a suscitar reacciones pasionales dirigidas hacia el analista.

Asimismo, las manifestaciones pasionales son una reacción previsible en el tratamiento analítico, y el analista debe reconocerlas como parte del proceso. No se trata de evitarlas, sino de transitarlas evitando responder desde el registro imaginario. Lacan (2003) introduce el concepto “ideal de impersonalidad” para pensar la posición del analista, quien debe evitar responder desde su yo. Mantener esta abstinencia necesaria, esta despersonalización por parte del analista asegura que el análisis avance hacia una articulación más allá de lo especular. Como bien indica Lacan: “Autenticar así todo lo que es del orden de lo imaginario en el sujeto es estrictamente hacer del análisis la antecámara de la locura” (Lacan, 2021, p.27).

De este modo, promover efectos identificatorios sin mediar el pasaje por el Otro conduce al sujeto hacia la locura. La locura de una identificación consistente del yo constituye una posición que obstaculiza cualquier posibilidad de análisis. Por el contrario, el trabajo analítico debe orientarse a facilitar el pasaje de la pasión al síntoma, de una relación de exclusión con el semejante a una relación fraternal, y de la primacía del yo ideal a una articulación con el ideal del yo.

## **REFLEXIONES FINALES**

Teniendo en cuenta el recorrido realizado, podemos afirmar que las pasiones imaginarias -como los celos y la envidia- son modos en las que el sujeto intenta obturar su falta en ser por vía del narcisismo. Estas pasiones se originan en la constitución imaginaria del yo, estructurada por la identificación con la imagen del semejante. Esta relación con el otro es constitutiva: posibilita tanto la construcción de una unidad corporal como también la localización de los objetos de deseo. Sin embargo, esta misma estructura imaginaria genera como consecuencia una dimensión conflictiva, ya que sitúa al otro como rival y al yo en una posición permanentemente amenazada por la insuficiencia.

Por este motivo, cuando el registro imaginario no se encuentra articulado al registro simbólico, puede volverse fuente de locura. Es necesaria, entonces, la mediación del registro simbólico que, a través de la identificación con el Ideal del yo, introduce una legalidad que permite tramitar lo imaginario. En otras palabras, es el paso del espejo al significante lo que posibilita una reconfiguración del vínculo con el otro, abriendo la dimensión del deseo y del síntoma como vías de elaboración subjetiva. Este movimiento constituye el núcleo del trabajo analítico de las pasiones.

En este sentido, habiendo abordado conceptualmente las pasiones, es fundamental no perder de vista su incidencia clínica. Los conceptos, lejos de ser meras abstracciones, se convierten en herramientas que orientan el trabajo clínico, que es esencialmente una *praxis*, una práctica del hacer.

Este trabajo nos permite plantear que la interpretación analítica tiene un límite, y uno de los fenómenos que lo evidencian son justamente las pasiones. Las mismas no pueden ser abordadas mediante la interpretación, ya que ésta solo opera allí donde hay una articulación significativa. La pasión, en cambio, se sostiene en una estructura eminentemente imaginaria y especular. En este sentido, los celos y la envidia no deben abordarse como síntomas susceptibles de interpretación, sino como fenómenos que exigen otro tipo de intervención. Su tratamiento no puede realizarse a través del desciframiento simbólico, sino que requiere sostener una posición que permita su desplazamiento hacia una articulación diferente, posibilitando eventualmente su inscripción como síntoma.

Mejor pues que renuncie quien no pueda unir a su horizonte la subjetividad de su época. Pues ¿cómo podría hacer de su ser el eje de tantas vidas aquel que no supiese nada de la dialéctica que lo lanza con esas vidas en un movimiento simbólico? (Lacan, 2003e, p.309).

Esta cita de Lacan resulta especialmente pertinente para finalizar este recorrido. No se trata de adaptar el psicoanálisis a los discursos contemporáneos, ni de diluir su potencia

en una psicología de época, sino de reafirmar que el horizonte del análisis es siempre el sujeto.

En este sentido, resulta imprescindible que el analista tome en consideración los modos en que se configura la subjetividad propia de cada época, no con el fin de adaptar complacientemente al paciente a las coordenadas dominantes del contexto, sino para poder leer, en cada coyuntura histórica, las formas singulares que asume el malestar.

En tiempos marcados por el individualismo y la exaltación del yo, las pasiones imaginarias emergen con fuerza, operando como respuestas narcisistas al malestar estructural. Frente a este contexto, sostener la apuesta por el deseo implica no ceder ante la exigencia de sentido que proviene del yo, ni alimentar identificaciones que clausuran el trabajo analítico. Invocar al sujeto no es invocar una interioridad sustancial, sino volver a plantear las coordenadas simbólicas que lo fundan. Esta es, en definitiva, una tarea ética y clínica que el psicoanálisis aún tiene para ofrecer.

## **REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS**

- Bertholet, R. (2015). *La construcción del cuerpo y la pasión*. EOL sección Rosario. <http://www.eolrosario.org.ar/la-construccion-del-cuerpo-y-la-pasion/>
- Brodsky, G. (2012). *Síntoma y sexuación*. En *Del Edipo a la sexuación*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Freud, S. (1992). *Introducción del narcisismo*. En *Obras Completas*, Tomo XIV (pp. 65-98). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Lacan, J. (1995). *Seminario XX: Aun*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Lacan, J. (1999) "El deseo y el goce". *Seminario V. Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Paidós
- Lacan, J. (2003a). *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*. En *Escritos 1*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Lacan, J. (2003b). *La agresividad en psicoanálisis*. En *Escritos 1*. Buenos Aires: Editorial Siglo XXI Editores.
- Lacan, J. (2003c). *Salida del ultramundo*. En *Seminario IIX La transferencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2003d). *La cosa freudiana o el sentido de retorno a Freud en psicoanálisis*. En *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Lacan, J. (2003e). *El estadio del espejo como formador del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica*. En *Escritos 1*. México: Siglo XXI Editores.
- Lacan, J. (2007). *Seminario X: La angustia*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Lacan, J. (2008). *Psicología y metapsicología*. En *Seminario II El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Lacan, J. (2021). *Introducción a la cuestión de las psicosis*. En *Seminario. Libro 3: Las psicosis*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Lachaud, D.(2000). *Celos: un estudio psicoanalítico de su diversidad*. Buenos Aires: Nueva visión.
- Masotta, O. (2018). *El modelo pulsional*. Buenos Aires: Argonauta.
- Mulder, C. (2016). *Notas sobre el alcance y lugar de lo imaginario como regulación teórica del análisis en el Seminario 1 de Lacan*. *Perspectivas en Psicología: Revista de Psicología y Ciencias Afines*, 13(2), 45-48.
- Quiroga, C., & Roman, P. (2015). *Envidia, celos y lazo social*. Rosario: Centro de debates, lectura y transmisión.